

El imperio dependiente. Mano de obra agrícola en Estados Unidos

*¿Yo no sé quién va a cosechar esas lechugas? ¿Yo...?, ¡ No!...*²⁹

LA IMAGEN del trabajador mexicano en la agricultura quedó inmortalizada en las fotografías que tomó Dorothea Lange en las décadas de los treinta y cuarenta. Pero esa imagen ya no corresponde con la realidad del siglo XXI, en que sólo una quinta parte de la población migrante se dedica a este tipo de actividad.

La reducción sustancial de la mano de obra agrícola, a lo largo de todo el siglo XX, se debe obviamente a la mecanización. El avance de la ciencia y la técnica en la agricultura ha sido determinante para el progreso económico, y el futuro todavía nos depara muchas sorpresas. No obstante, todo tiene un límite. La agricultura ocupa entre 2 y 2.5 millones de trabajadores anualmente, y la reducción de personal cada día es más lenta y difícil.

A medida que el campo se mecanizaba se desarrolló un proceso paralelo de mexicanización. A lo largo del siglo XX, los mexicanos fueron desplazando a la mano de obra local y exterior; y prácticamente se han adueñado del mercado de trabajo agrícola. Ha sido un proceso largo, centenario; pero lo que antes era un fenómeno regional típico del sudoeste se ha convertido en una dinámica de dimensión nacional, que incluye el medio oeste y la costa este, tradicionales bastiones de la mano de obra blanca, afroamericana y caribeña.

Pero el proceso de mexicanización de la agricultura ha abierto la puerta a un proceso semejante de indigenización. Fenómeno que ya tiene un amplio desarrollo en México y que se empieza a detectar de manera inicial en la agricultura estadounidense.

En este apartado se pretende analizar en detalle los procesos de mecanización y mexicanización, y apuntar el futuro de la agricultura en Estados Unidos, con una participación cada vez mayor de mano de obra de extracción indígena.

²⁹ Trabajador mexicano legal que acomoda lechugas en un supermercado en Salinas, California.

La mecanización

La mecanización de la agricultura es una vieja y permanente obsesión de los granjeros estadounidenses. Primero se eliminó la tracción animal: bueyes y caballos fueron expulsados de los campos por el rugido del tractor. La roturación, preparación del terreno y la siembra se mecanizaron rápidamente. Mientras a comienzos de siglo se empleaban 37.5 millones de personas en la agricultura, en 1940, ya avanzado el proceso de tractorización, sólo se empleaban a 17.4 millones (World Almanac, 2000).

A pesar del progreso tecnológico que significó el tractor, el problema principal seguía siendo la cosecha, que requería de ingentes cantidades de mano de obra en periodos determinados. Los avances fueron graduales y variaban de acuerdo con el tipo de producto. Para la cosecha de granos se encontró pronto una salida, y con sus aspas las máquinas arrasaron la mano de obra de manera definitiva. Las cosechadoras de trigo, cebada, sorgo y maíz dejaron para la historia y el recuerdo herramientas centenarias como la hoz y la guadaña. En los casos del algodón y el betabel, la solución no fue tan rápida, dos rubros en que se requerían cientos de miles de braceros mexicanos y en que resultaba crucial el factor mano de obra. En el caso del algodón, la disposición de mano de obra mexicana y afroamericana parecía ser ilimitada. Pero en el caso del betabel, que se producía más al norte, en las grandes planicies y el medio oeste, la solución era mucho más complicada, porque había que importar trabajadores desde muy lejos y por temporadas cortas.

En el diseño de la cosechadora de algodón se avanzó poco a poco; la primera patente data de 1928, y corresponde al proyecto presentado por los hermanos Rust. La máquina fue probada en un campo experimental en 1931, pero fue la necesidad de mano de obra, durante la Segunda Guerra Mundial, la que infundió nuevos bríos a las empresas comprometidas en este proyecto. En 1942 la compañía Internacional Harvester anunció oficialmente su intención de producir cosechadoras de algodón, esfuerzo que pudo culminar en 1948, cuando aparecieron en el mercado las primeras 1,000 cosechadoras comerciales. Luego, en 1952, la producción ascendió a 8,000 cosechadoras, y a esto se sumaron los esfuerzos de otros dos gigantes del medio agrícola: John Deere y Massey-Ferguson (Smithsonian Institution, 1958).

En 1951, sólo 8 por ciento de la producción de algodón estaba mecanizada, pero para 1964 ya había alcanzado 78 por ciento (Calavita, 1992). El efecto fue inmediato; los trabajadores agrícolas dejaron el cultivo del algodón y muchos empezaron a dejar Texas para dirigirse a otras regiones don-

de había más trabajo; por ejemplo, California y Florida, donde la cosecha de verduras, frutas y nueces requería grandes cantidades de trabajadores.

En la cosecha de betabel, que requería cientos y miles de trabajadores, siempre había problemas para el reclutamiento de mano de obra y se experimentaron diversas soluciones. Primero se reclutaron trabajadores migrantes de origen europeo, quienes, con el desarrollo industrial de Chicago y Detroit, abandonaron pronto las labores del campo y se fueron a la ciudad. Fueron sustituidos por “betabeleros” texanos y mexicanos, que remontaban al norte en tiempo de cosecha. Luego, durante la Gran Depresión, los mexicanos fueron deportados y dejaron sus puestos nuevamente a inmigrantes europeos. Más tarde, durante la Segunda Guerra, se volvió a contratar mexicanos, en esta ocasión braceros, pero había gran oposición. Por eso, en 1950, se experimentó con la importación de portorriqueños, pero no resultaron tan dóciles y adaptables como los mexicanos.

Finalmente, sería la mecanización la que terminaría de una vez por todas con el problema de la mano de obra en los campos de betabel. Los avances tecnológicos empezaron en la década de los treinta. Posteriormente se logró mejorar la producción de semillas y se experimentó con herbicidas, lo que eliminó más trabajadores, hasta que en 1955 las máquinas rebanadoras y cosechadoras desplazaron totalmente a la mano de obra (Valdés, 1991). En la actualidad sólo se requieren dos peones para recoger, ocasionalmente, las “bolas” que la máquina no pudo levantar.

Otro tanto pasó con la cosecha del jitomate para pasta. Al finalizar el Programa Bracero, en 1964, los productores pensaron que tendrían que trasladar sus cultivos al otro lado de la frontera, pero no fue así. Se logró producir un jitomate uniforme y de menor tamaño que pudo ser cosechado mecánicamente (Rural Migration News, abril de 1996).

La cosecha de nueces y almendras también se mecanizó, y las varas con las que los trabajadores sacudían las ramas fueron reemplazadas por una máquina que sacude el árbol por el tronco y provoca la caída de las nueces. A esto se añadieron las máquinas descascaradoras que también eliminaron a miles de trabajadores mexicanos.

En la cosecha de verduras –lechuga, repollo, brócoli, coliflor– se redujo el personal en la fase de selección y empaque. Ahora el embolsado, empaque y sellado de la caja se realizan en el campo. La máquina simplemente sirve como un elemento de tracción, que marca el ritmo de los trabajadores, facilita el empaque y almacena el producto, que luego se traslada a un camión de transporte y de ahí se va enfriar y al supermercado.

Lo mismo ha sucedido con la fresa que se usa para mermelada. Anteriormente los trabajadores cortaban la fresa en el campo, y luego otros trabaja-

dores la “despataban” en las procesadoras. Ahora el trabajador corta la fresa y la “despata” al mismo tiempo, para esto utiliza una uña de metal, de tal modo que el rabo se queda en la planta. Así se han ahorrado una fase del proceso de producción que requería miles de trabajadoras. Lo que no se ha resuelto todavía es el efecto que produce el ácido en las manos de los trabajadores, que quedan quemadas y agrietadas después de cada temporada.

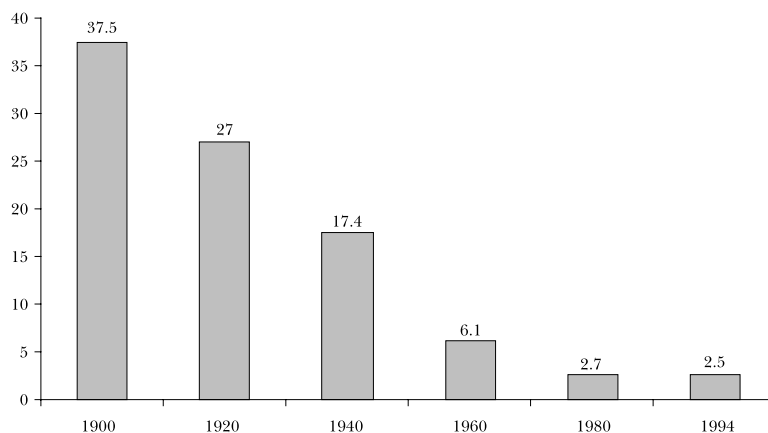
Recientemente, la cosecha de caña de azúcar, que tradicionalmente ocupaba a miles de trabajadores durante la época de zafra, ha empezado a ser mecanizada. Por lo pronto, cerca de 2,000 cortadores caribeños que trabajaban en Florida, para la firma US Sugar, han dejado de ser contratados, rompiendo el uso inaugurado hace más de 50 años de contratar trabajadores con el sistema de visas H2A (*Rural Migration News*, enero de 1997).

La cosecha de uva, aceituna, manzana, durazno, chabacano, cítricos y otros tantos frutos sigue demandando mano de obra, pero ya se dispone de tecnología para reemplazarla. El cambio no ha sido radical, en primer lugar, por el costo que significa la inversión tanto en maquinaria como en el ajuste que se debe realizar con las plantas y el terreno. En segundo término, porque la cosecha mecánica suele afectar el producto. En algunos casos tal afectación no es problema, como en la uva para vino o la aceituna para aceite, pero sí lo es en el caso de la uva y la aceituna para mesa, que son las variedades que tienen más valor en el mercado. Finalmente, las cosechadoras mecánicas también pueden afectar la planta, sobre todo las raíces y, por tanto, puede afectar la producción de la siguiente temporada.

En otros casos, como la cosecha del melón, pepino, perejil, no existe todavía un posible reemplazo. Pero todo es cuestión de tiempo. Al parecer no hay imposibles en la mecanización de la agricultura. Algunos agricultores, por ejemplo, están experimentando con la cosecha nocturna de uva de mesa, que se realiza con linternas, lo que ahorra costos de enfriamiento y reduce el estrés de los trabajadores que durante el día tendrían que soportar altas temperaturas. Otro avance, que tiene que ver con el control de la temperatura, se ha dado en el cultivo del champiñón. Que antes era estacional y ahora se realiza todo el año, porque las empresas han invertido en la instalación de aire acondicionado para la época de verano. Pero, en este caso, el avance tecnológico provocó el asentamiento definitivo de la mano de obra que ahora tiene trabajo todo el año. Como quiera, el ritmo de la mecanización y el desplazamiento de la mano de obra han sido implacables, como puede apreciarse en la gráfica 2.

La mecanización no sólo ha desplazado a los peones, también ha relegado a los medieros, rancheros, granjeros, aparceros y pequeños propietarios. Durante todo el siglo xx la norma ha sido reducir el número de gran-

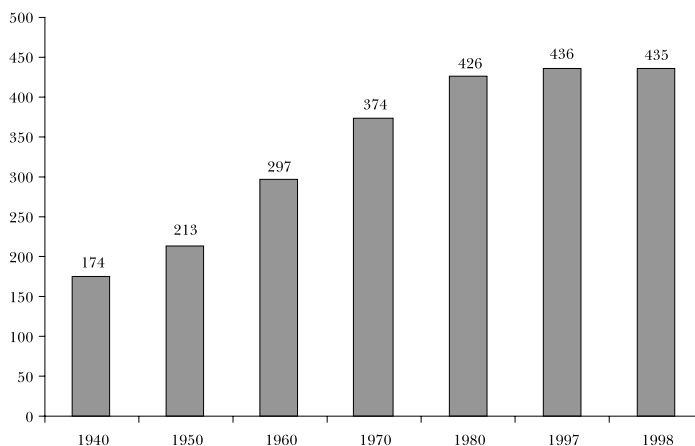
GRÁFICA 2
TRABAJADORES AGRÍCOLAS EN ESTADOS UNIDOS, 1900-1964



Fuente: The World Almanac, 2000.

jas y aumentar el número de acres. Algunos pequeños y medianos agricultores prefieren rentar o vender sus tierras porque ya resulta muy complicado competir con los gigantes de la producción agrícola. En 1940, el tamaño promedio de una granja era de 174 acres, y a finales de siglo la cifra se duplicó a 435 acres (véase gráfica 3).

GRÁFICA 3
TAMAÑO PROMEDIO DE LAS GRANJAS EN ESTADOS UNIDOS,
1940-1998 (EN ACRES)



Fuente: The World Almanac, 2000.

La mecanización, el control de la tierra y el acaparamiento del agua se relacionan directamente con el proceso de generación y crecimiento de las grandes empresas agrícolas, en contraposición con el antiguo sistema *farmer*. De manera paralela, el sistema de contratación directo por parte del productor está siendo reemplazado, de manera lenta pero constante, por el sistema de subcontratación, que en la actualidad maneja 20 por ciento del total de la mano de obra agrícola en Estados Unidos (US Department of Labor, NAWS, 2000).

Pero, más que desaparecer, los *farmers* tienden a asociarse con las grandes compañías que prefieren rentar la tierra a los propietarios o trabajar con ellos de manera indirecta, como aparceros, proporcionándoles la planta, insumos y asesoría. De ese modo mantienen a los rancheros trabajando para ellos, pero tienen la posibilidad de moverse libremente según las indicaciones del mercado o la competencia. En Ohio, por ejemplo, se optó por la mecanización de la cosecha de jitomate a comienzos de los ochenta, lo que redujo sensiblemente los requerimientos de mano de obra. Pero luego llegó la competencia del jitomate de California, y los productores de Ohio tuvieron que dejar de sembrar jitomate, para sembrar pepino, un cultivo que no ha podido ser mecanizado y, por tanto, depende de manera absoluta de la mano de obra mexicana (*Migrationworld*, núm. 3, 1999). En este caso, la inversión en maquinaria fue un fracaso.

Al parecer, la mecanización y el latifundismo tienen sus propios límites. El ritmo de decrecimiento en el empleo de jornaleros agrícolas se ha estabilizado en fechas recientes. Entre 1980 y 1994 apenas si disminuyó, al pasar de 2.7 a 2.5 millones (véase gráfica 2). El mismo fenómeno se aprecia en el tamaño promedio de las granjas, que en 1980 era de 426 acres y en 1998 alcanzó una cifra muy cercana, 435 acres (véase gráfica 3).

Respecto a los trabajadores, muy posiblemente el límite pueda fijarse en torno a los 2 millones. No se puede eliminar de manera total al trabajador agrícola. La mecanización desplaza trabajadores, pero también crea nuevos empleos, lo que compensa parcialmente las pérdidas y además significa la apertura de un mercado para trabajadores calificados, capaces de manejar maquinaria y asumir otro tipo de responsabilidades.

Por otra parte, la mecanización ofrece asimismo la oportunidad de ampliar la producción y exportar, lo que también implica la creación de nuevos empleos en las fases del proceso que todavía demandan mano de obra. Además de estos factores, influye el desplazamiento de la mano de obra agrícola local, que deja vacantes sus puestos de trabajo para que sean cubiertos por nuevos trabajadores migrantes, que llegan de México y Centroamérica.

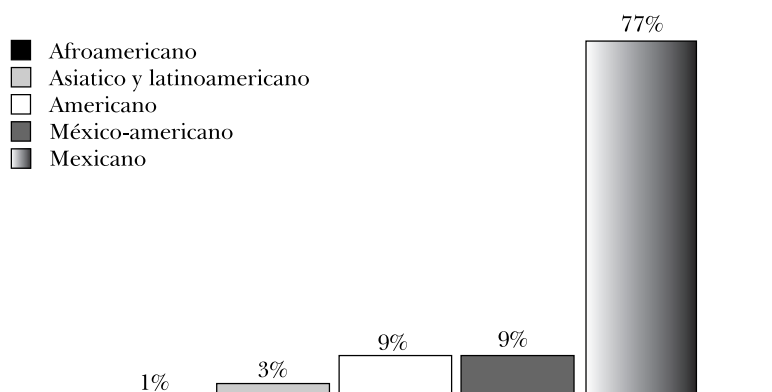
La mexicanización

Resulta una obviedad que en el sudoeste americano predomina la mano de obra agrícola de origen mexicano. Lo que no resulta tan obvio es que esta tendencia se ha generalizado en toda la Unión Americana. La presencia de los trabajadores mexicanos en el agro estadounidense ha dejado de ser un asunto de dimensión regional para convertirse en un tema de dimensión nacional.

El perfil del trabajador agrícola sólo ha cambiado en dos sentidos, su composición nacional y su origen étnico; el primero refleja la situación actual de mexicanización; el segundo hace referencia al futuro mediano, el proceso de indigenización de la agricultura en México y Estados Unidos, tema que será tratado en el siguiente acápite. Por lo demás, la situación sigue igual: los trabajadores agrícolas ganan el mínimo, viven en condiciones deplorables, la mayoría son indocumentados, el trabajo es temporal y el proceso de sindicalización sigue siendo muy limitado.

La mexicanización de la mano agrícola es un hecho que se demuestra con cifras. Según el último reporte del Departamento de Trabajo (US. DOL. NAWS, 2000), al finalizar el siglo XX, más de tres cuartas partes de la mano de obra agrícola era mexicana (77 por ciento) y otra parte significativa es de origen mexicano (9 por ciento). En términos globales, 8.6 trabajadores de cada 10 son mexicanos.

GRÁFICA 4
DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE TRABAJADORES AGRÍCOLAS
SEGÚN ORIGEN ÉTNICO, 2000



Fuente: US.DOL. NAWS, 2000.

En la fracción restante, una décima parte corresponde a trabajadores agrícolas americanos blancos (9 por ciento), una mínima parte a trabajadores agrícolas afroamericanos (1 por ciento) y lo restante se reparte entre asiáticos y latinoamericanos (3 por ciento).

La predominancia mexicana se debe fundamentalmente a seis condiciones básicas, que otros grupos de trabajadores no pueden cumplir: bajo costo, temporalidad, juventud, capacitación, movilidad y ser indocumentados.

- El bajo costo de la mano de obra mexicana se debe, fundamentalmente, a la diferencia salarial entre el jornal mexicano y el de Estados Unidos. Una hora de salario mínimo trabajada en Estados Unidos, equivale a ocho horas de salario mínimo trabajadas en México. Es decir, una relación de uno a ocho. De ahí que sólo puedan trabajar en el campo estadounidense aquellos que juegan con la lógica del tipo de cambio. Si no fuera por eso, el campo estadounidense hace mucho que habría entrado en crisis.

Si hipotéticamente los trabajadores mexicanos abandonaran el medio agrícola estadounidense sería muy complicado reemplazarlos. Sólo quedarían dos opciones: incrementar el salario al doble o importar mano de obra de algunos países del tercer mundo. La primera opción no conviene económicamente y la segunda políticamente. Es más fácil y barato dejar pasar a los mexicanos y regular la oferta con deportaciones recurrentes y selectivas en el tiempo y el espacio.

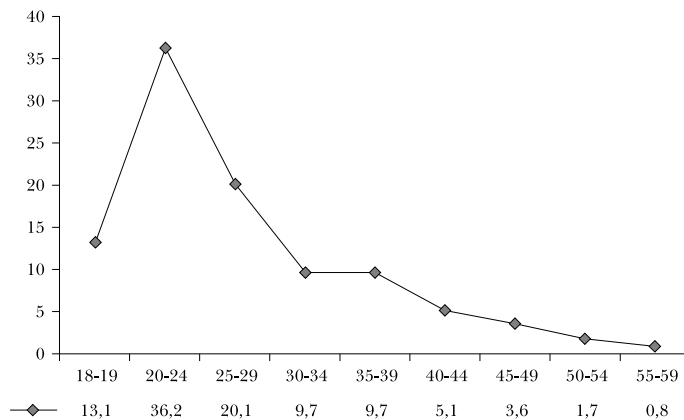
- Pero la presencia mexicana es factible porque se trata de un trabajador que vive al otro lado de la frontera, es temporal, va y viene, tiene a su familia en México y espera algún día regresar a su terruño. La brecha salarial existe con muchos otros países, aun mucho más pronunciada, pero lo relevante es que ésta sucede en un contexto de vecindad geográfica.

En promedio, el trabajador agrícola labora 25 semanas en el campo y cuatro semanas en otro tipo de trabajos (US.DOL. NAWS, 2000). Los meses en que no hay trabajo se resuelven de manera diferente según la condición legal del trabajador. Los México-americanos suelen recurrir al seguro de desempleo. Los trabajadores legales suelen optar entre el seguro y regresar a México, donde sus ahorros, en dólares, pueden rendir más. Algunos pocos recurren a los dos sistemas. De hecho, sólo 20 por ciento de la fuerza laboral agrícola recurre al seguro de desempleo, cuando 45 por ciento tendría derecho (US.DOL. NAWS, 2000). Por último, los indocumentados, tienen muy pocas salidas, no pueden recurrir al seguro de desempleo y no pueden regresar a México porque resulta muy caro y arriesgado tener que volver a pasar la frontera. No les queda otra salida que ajustarse el cinturón.

- El bajo costo y la temporalidad están asociados con la tercera característica: la juventud. La mano de obra agrícola tiene en promedio 31 años,

cifra en la que coinciden varias fuentes (US.DOL. NAWS, 2000; MMP, 1987-1996; IFE, Salinas, 1998). Normalmente, los trabajadores agrícolas ingresan a los 18 años y empiezan a salir a los 25.

GRÁFICA 5
GRUPOS DE EDAD DE LOS MIGRANTES QUE LABORAN EN ACTIVIDADES AGROPECUARIAS, 1987-1997



Fuente: MMP71.

Se trata de una mano de obra revolvete en un triple sentido. Primero porque los trabajadores de reemplazo, dispuestos a ser explotados, van de México y regresan a México. En segundo término, porque entran jóvenes y salen maduros, entran fuertes y sanos y salen cansados y enfermos, principalmente con padecimientos esqueleto-musculares, y alergias e intoxicación causadas por pesticidas y herbicidas. Finalmente, la selectividad por edades tiene que ver con una política patronal de contratar únicamente personal joven.

- El carácter revolvete de la mano de obra también se relaciona con la condición física del trabajador. El trabajo agrícola es físicamente muy demandante y, por tanto, desgastante. Sólo pueden realizarlo personas jóvenes e “impuestas” a este tipo de trabajo. Los trabajadores de origen urbano muy difícilmente pueden aguantar una jornada agrícola, porque no tienen la resistencia y la experiencia adecuadas, porque no saben trabajar con las manos y porque no conocen las plantas. El origen campesino del trabajador agrícola mexicano es una cualidad buscada y demandada por los empleadores y los contratistas norteamericanos, pero no es recompensada.

- El carácter temporal y estacional del trabajo agrícola tiene que ver con un quinto factor: la movilidad. El trabajador agrícola debe estar dispuesto a seguir el ritmo de las cosechas y tiene que adaptarse a nuevos lugares y ambientes de trabajo. De ahí que la mayoría de los trabajadores agrícolas sean hombres (80 por ciento) y que viajen solos sin su familia. Esta opción tiene que ver también con el problema del alojamiento, que por lo general son galerones donde no se permite la entrada de mujeres, o departamentos rentados donde impera el hacinamiento.

Los jornaleros agrícolas suelen seguir tres circuitos migratorios ancestrales: el del oeste, que va de California a Oregon, Washington y Idaho; el del medio oeste, que surge en Texas y se dirige hacia Wisconsin, Minnesota, Michigan y Ohio, y el circuito de la costa este, que se origina en Florida y se remonta al norte por el rumbo de Georgia, las Carolinas, Virginia, Maryland y Nueva Jersey.

- Finalmente, un trabajo temporal, mal pagado y desgastante sólo es aceptado por las personas que están más desprotegidas: los indocumentados. Se estima que 60 por ciento de los trabajadores agrícolas están por debajo del nivel de pobreza (Calavita, 1992a). Después de un esfuerzo inusitado por legalizar a la mano de obra agrícola, con el Programa de Trabajadores Agrícolas Especiales (SAW), que legalizó a cerca de un millón de trabajadores mexicanos, el Departamento del Trabajo reconoció que, en 1990, 19 por ciento de la fuerza laboral empleada en la agricultura de manera estacional no tenía autorización (US.DOL. NAWS, 1990). Diez años después, afirmaron que más de la mitad (52 por ciento) no tenía permiso para trabajar. La razón es obvia; la mayoría de quienes tienen documentos optan por otro tipo de actividad, y los trabajadores legales que persisten en la agricultura son aquellos que están sindicalizados y, por tanto, tienen mejores salarios y prestaciones. De ahí que los reemplazos, que ingresan a trabajar por primera vez en la agricultura, sean en su mayoría trabajadores indocumentados.

- En efecto, la reserva de mano de obra agrícola estadounidense depende de la reserva de mano agrícola mexicana. El problema radica en que la mano de obra agrícola mexicana no es ilimitada. México ha sufrido un cambio drástico en las últimas décadas y hace tiempo que dejó de ser un país preponderantemente rural. Cada vez hay menos campesinos dispuestos a trabajar en México, y los únicos que están dispuestos a realizar este tipo de trabajo son mujeres y jornaleros indígenas de Oaxaca, Puebla, Guerrero, Chiapas y Veracruz. Una vez llegado a este tope, no hay nadie más.

La única opción sería recurrir a mano de obra foránea, de tipo indígena, que es la única dispuesta a realizar este tipo de trabajo. Es lo que sucede, en el ámbito local, en el estado de Chiapas, donde los finqueros recurren a mano de

obra indígena guatemalteca. Los mayas son, en realidad, el último eslabón de la cadena de explotación indígena, ya que los otros países centroamericanos no tienen población indígena significativa.

Otra manifestación del mismo problema es la constatación de que hay trabajadores agrícolas mexicanos dispuestos a trabajar en el campo en Estados Unidos, pero que ya no están dispuestos a trabajar en el campo en México. Es decir, no hay un proceso de reposición de la mano de obra agrícola mexicana. Así como los trabajadores legales abandonan los trabajos del campo en Estados Unidos, los migrantes de origen campesino abandonan el trabajo agrícola en su terruño. El único objetivo para seguir trabajando en el medio agrícola en Estados Unidos es, precisamente, la esperanza de que los hijos puedan salir de ese medio.

Como quiera, es un hecho indiscutible que la mano de obra agrícola estadounidense está en franco proceso de mexicanización. Incluso en lugares como Florida y la costa este, donde concurrían tradicionalmente trabajadores caribeños y afroamericanos.

En efecto, la presencia mayoritaria de mexicanos en la agricultura no es un fenómeno nuevo ni espontáneo; es un proceso largo y cuidadoso de conformación de un tipo especial de mano de obra que se ajusta a los requerimientos específicos de este mercado. La hegemonía del trabajador mexicano en el campo estadounidense ha significado el desplazamiento de otros sectores de la población que trabajaban en la agricultura.

En California, por ejemplo, a comienzos del siglo xx no era evidente la preponderancia de la mano de obra mexicana. Según Taylor (1932), en el Valle Imperial predominaban los trabajadores blancos y había muy pocos mexicanos. Luego llegaron japoneses, chinos, filipinos, hindúes, negros e indios americanos. Todos estos grupos salieron del valle en la década del veinte y sólo se quedaron los mexicanos.

Durante la crisis del 29 y los años siguientes los desplazados de la agricultura fueron los mexicanos; cerca de medio millón de personas fueron deportadas, entre ellos los trabajadores del betabel (Valdés, 1982) y en el sudoeste llegaron a trabajar oleadas de blancos pobres y afroamericanos desplazados de Oklahoma, Arkansas y los estados del sur.

El tercer gran desplazamiento sucedió en la década de los cuarenta, con el Programa Bracero. En el contexto de la Segunda Guerra, los trabajadores blancos y, en menor medida, afroamericanos dejaron los campos para enrolarse en el ejército o el trabajo industrial. Después de 22 años y más de 5 millones de personas contratadas y otros 5 millones de trabajadores ilegales, una buena parte del trabajo agrícola del sudoeste estadounidense quedó supeditado a la mano de obra mexicana.

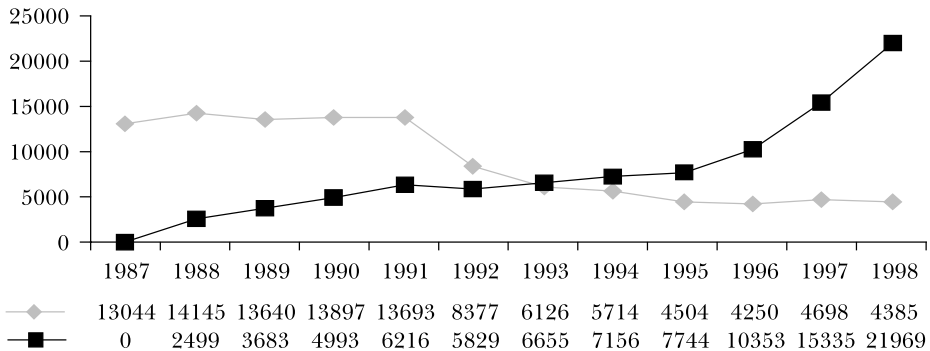
El cuarto proceso de desplazamiento ocurrió en la costa este y en la región sureña, que dependían de la mano de obra afroamericana y caribeña para el trabajo agrícola. Desde los años sesenta, los mexicanos y algunos grupos de centroamericanos (guatemaltecos y hondureños) empezaron a penetrar en este mercado agrícola y han logrado desplazar de manera casi absoluta a la mano de obra afroamericana, que hoy sólo aporta 1 por ciento en el ámbito nacional, y de manera muy significativa a la que provenía del Caribe: Jamaica, Haití y Dominicana. El proceso de mexicanización se benefició con el programa de visas H2A diseñado de manera especial, durante el Programa Bracero, para los no mexicanos. Pero a partir de IRCA (1992), paradójicamente, las visas H2 se fueron aplicando para el caso de trabajadores agrícolas mexicanos, especialmente para los trabajos del tabaco en las Carolinas y Virginia. En el año 2000 la tendencia seguía ascendiendo y se estiman en 30,200 las visas H2A otorgadas.

Por su parte, las visas H2B para el sector servicios también registraron un alza notable, y llegaron a otorgarse 45,037 visas en ese mismo año, según la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Por último, se ha empezado a notar la presencia de mexicanos en el medio oeste, el último bastión de agricultores *farmers* de Estados Unidos. En el medio oeste se concentra la mayor proporción de trabajadores blancos en la agricultura (48 por ciento) (us. DOL., NAWS, 1989). Sin embargo, año con año aumenta el número de granjeros que contratan trabajadores mexicanos provenientes de Florida, Texas y México, que tienen que viajar más

GRÁFICA 6

TRABAJADORES TEMPORALES CON VISAS H2A SEGÚN PAÍS DE ORIGEN



Fuente: Estudio Binacional.

de 2,000 millas para llegar a sus lugares de trabajo. Los mexicanos no sólo están desplazando a los trabajadores locales blancos y afroamericanos, también han desplazado a los migrantes blancos procedentes de los Apalaches, que tradicionalmente llegaban a la cosecha del *blueberry* (Griffith y Kissan, 1995).

En efecto, si bien la mecanización y el desarrollo tecnológico desplazan trabajadores agrícolas, hay que señalar que el proceso de mexicanización abre oportunidades y nuevas fuentes de empleo que quedan vacantes por los sucesivos desplazamientos. Por otra parte, el incremento en la demanda de alimentos frescos y “orgánicos” en la dieta estadounidense ha generado nuevas fuentes de empleo agrícola, que son retomadas por trabajadores migrantes mexicanos.

Finalmente, la mexicanización del campo en Estados Unidos conlleva necesariamente la hispanización de las relaciones laborales. Hoy, más de 90 por ciento de los trabajadores agrícolas habla español. En consecuencia, la mayoría de los contratistas, mayordomos y mandos medios tienen que ser bilingües. El hecho de que el “idioma oficial” en el medio agrícola estadounidense sea el español limita la entrada de otros grupos que pudieran competir con los mexicanos. Como quiera, la competencia a los mexicanos se la están haciendo ellos mismos, con el ingreso, cada vez más numeroso, de trabajadores indígenas.

La indigenización

Los procesos de desplazamiento de la mano de obra en Estados Unidos tienen su contraparte en el campo mexicano. La salida de campesinos que optan por el trabajo en el extranjero ha propiciado dos procesos paralelos: la feminización del trabajo agrícola, en el caso de ejidatarios y pequeños propietarios, y la indigenización de la labor del jornalero agrícola, en el caso de las plantaciones. Las mujeres del medio rural y los indígenas son las dos únicas reservas laborales agrícolas de las que México todavía dispone.

A diferencia de lo que sucedía en el tiempo de los braceros, cuando se implementó un proceso de selectividad genérica y sólo se contrataban hombres, en la actualidad en la agricultura estadounidense 20 por ciento de la mano de obra es femenina. Este proceso es mucho más agudo en la agricultura mexicana, donde cada vez es más notoria la participación de la mujer. Por otra parte, en la agricultura de plantación de productos comerciales y de exportación, que requiere mano de obra intensiva en los tiempos de cosecha, se han desarrollado los dos procesos de manera conjunta; por una parte, la feminización y, por otra, la indigenización.

De hecho, el sistema de plantación en México, particularmente en Sinaloa, Sonora y Baja California, desde hace mucho tiempo ha dependido de los trabajadores “golondrinos”, en su mayoría de extracción indígena. Pero la migración indígena, a diferencia de la de los jornaleros agrícolas, de origen campesino, suele ser una migración familiar, ya que toda la unidad doméstica está comprometida en el trabajo, incluyendo mujeres, ancianos y niños.

A partir de esta dinámica, los migrantes indígenas de Oaxaca y Guerrero empezaron a llegar a Baja California, donde asentaron sus reales: las mujeres en el comercio y los hombres en la agricultura. Una forma tradicional de división del trabajo en la sociedad indígena (Arias, 1994) es el caso paradigmático del asentamiento mixteco y zapoteco en el valle de San Quintín, Baja California. Una vez asentados en la franja fronteriza, los indígenas empezaron a pasar al otro lado a finales de la década de los setenta y comienzos de la de los ochenta, hasta convertirse en una comunidad estable y numerosa. La ruta de la migración interna hacia las plantaciones del norte de México condujo a los indígenas hacia California.

Sin embargo, su inexperiencia y arribo tardío no les permitió aprovechar la coyuntura de IRCA para legalizar su situación. La tasa de participación de los migrantes provenientes de Oaxaca en el programa de legalización fue mínima (0.90 por ciento) (IRCA, 1992). Lo cual los colocó en una situación de vulnerabilidad, y los ha obligado a participar de manera prioritaria en el mercado de mano de obra agrícola.

Es difícil estimar el grado de indigenización de la mano de obra agrícola en Estados Unidos, pero cada vez es más perceptible la participación de migrantes de la región central, en especial de Oaxaca, Puebla e Hidalgo. Al respecto, en una investigación realizada en Salinas, California, se percibió claramente la predominancia de la región histórica de origen, en especial de los estados de Michoacán (27.59 por ciento) y Guanajuato (24.14 por ciento); pero también empieza a ser significativa la región central de origen, en especial los estados de Oaxaca (20.7 por ciento) e Hidalgo (10.3 por ciento), ambos con población predominantemente indígena (IFE, Salinas, 1998). Como quiera, se trata de un nicho laboral en que se concentran los más pobres, lo que coincide con la extracción de origen indígena. Dos terceras partes de los trabajadores agrícolas viven en la pobreza, según los índices establecidos en Estados Unidos (Calavita, 1992a).

La migración de indígenas a Estados Unidos no es fenómeno nuevo. Se dice que los primeros braceros fueron indios de Baja California, que conducidos por fray Junípero Serra a la villa Los Ángeles en el siglo XVI (*Rural Migration News*, 1999). Posteriormente, a comienzos del siglo XX, se impor-

taron indios cocopas para los trabajos de nivelación de terrenos y construcción de canales para el proyecto de irrigación del Valle Imperial (Taylor, 1932). Es conocida también la emigración de indios yaquis a Phoenix, Arizona, que huían de la guerra en tiempos porfirianos (Durand, 1994). Se conoce también la tradición migratoria de indios michoacanos de la meseta purépecha (Beals, 1946; Durand, 1994) y del entorno del lago de Pátzcuaro (Taylor, 1981; Pietri, 1976).

Pero todos estos casos son ejemplos aislados. Quizá la migración de carácter indígena más sistemática haya sido la michoacana, pero siempre se la ha considerado una migración de tipo mestizo, incorporada en la migración de la región histórica. En cambio, en la actualidad, la presencia de mixtecos, zapotecos, triquiés, chinantecos y otras etnias de Puebla, Oaxaca, Hidalgo y Guerrero parece ser un fenómeno mucho más generalizado. En Nueva Jersey, por ejemplo, en el poblado de Bridgeton, 60 por ciento de la población proviene del estado de Oaxaca y trabaja en la agricultura.

En el caso oaxaqueño se puede afirmar que la mayoría de los migrantes tiene un origen agrícola. Sin embargo, se han producido cambios importantes en el colectivo oaxaqueño. Los primeros migrantes llegaron en el tiempo de los braceros provenientes del Distrito Federal, donde eran contratados, y de los valles centrales de Oaxaca. Luego se interrumpió este proceso e inició la migración interna hacia Sonora y Baja California; de ahí saltaron a Estados Unidos. Fueron los zapotecos los primeros en arribar y, por tanto, en salir de la agricultura, hacia actividades urbanas. Han sido reemplazados por mixtecos y triquiés, que llegaron más tarde; son más pobres y siguen atrapados en el trabajo agrícola.

A la presencia indígena mexicana hay que sumar pequeños grupos de indígenas guatemaltecos, principalmente kanjobal y chuj, que llegaron a California y Florida a finales de los setenta. En el caso de Florida, la mayoría son indocumentados (43 por ciento), los restantes son asilados (33 por ciento) y legalizados según LAW o SAW (24 por ciento). Es importante destacar que una parte de los migrantes provenía de los campos de refugiados guatemaltecos en Chiapas, México. La presencia guatemalteca, sumada a la mexicana y a la caribeña, fue interpretada por Griffith (2000) como un proceso de "latinización". Pero, en realidad, las cifras globales evidencian el predominio de los mexicanos y la presencia apenas significativa de centroamericanos. En Salinas, por ejemplo, 2 por ciento de los trabajadores agrícolas son centroamericanos.

La indigenización del campo en Estados Unidos es, a su vez, una consecuencia directa de la indigenización del trabajo agrícola en México. El problema para México, y también para Estados Unidos, es que esta reserva

constituye el último grupo dispuesto y capaz de trabajar en la agricultura, bajo las condiciones actuales. La suerte está echada; si en realidad se ha llegado al tope mínimo de reducción de la mano de obra agrícola, los reemplazos del futuro serán cada vez más de población indígena. La escasez de trabajadores en el campo mexicano, problema cada vez más acuciante, se ha resuelto con el enganche de mano de obra indígena nacional, como en el caso de Sayula, en Jalisco, y con la importación informal de mano de obra indígena guatemalteca, como sucede en Chiapas.

En algunas zonas, como en los altos de Jalmich, por ejemplo, los peones agrícolas ganan dos o tres salarios mínimos, lo que ha generado la llegada de trabajadores del estado de Hidalgo. La gente de la región prefiere trabajar en las fábricas de productos lácteos, en la forestal o en las nuevas labores generadas por el turismo de montaña. Pero ya muy pocos quieren trabajar como peones en el campo; si ese es el caso, prefieren hacerlo en Estados Unidos.

Conclusiones

El proceso de mecanización, además de desplazar a la mano de obra sobrante, ha tenido la virtud de operar como un medio de disuasión. Las máquinas siguen siendo una amenaza para los trabajadores agrícolas, quienes, además de enfrentar el hambre, la sed, el calor, el dolor de espalda y el mal dormir, se enfrentan al miedo de que si se sindicalizan serán deportados y si piden aumento de salario no les quedará otra salida a los productores que mecanizar totalmente la producción.

Ante la propuesta de un nuevo programa de trabajadores agrícolas, las voces a favor de la mecanización han vuelto a alzarse, aún entre las filas de los estudiosos de la migración. Phill Martin, por ejemplo, opina que es técnicamente factible la mecanización de varias cosechas, entre ellas la uva y la manzana, pero que no se concluye con el proceso de mecanización porque sigue siendo más barato contratar mexicanos. Por su parte, Mark Krikorian opina que es un error grave volver a realizar un programa de trabajadores agrícolas, dado que son pobres, tienen índices muy bajos de escolaridad y utilizan un alto porcentaje de programas federales de apoyo (*welfare*). Lo que debe hacer el gobierno es apoyar la investigación privada y universitaria para producir cosechadoras de productos hortícolas y frutícolas y así reducir la dependencia que existe de mano de obra mexicana (*The Idaho Statesman*, 22 de julio de 2001).

Como quiera, la agricultura ha dejado de ser el principal mercado de trabajo al que acuden los mexicanos, pero a su vez la agricultura se ha con-

vertido en un mercado de trabajo exclusivo para mexicanos. Lo que fuera una dinámica de corte regional, localizada en el sudoeste, es ahora un proceso de dimensión nacional que está afectando de manera notoria a poblaciones menores del medio oeste y la costa este.

Hay una relación de dependencia entre la agricultura estadounidense y la mano de obra mexicana. De ahí que el proceso de mexicanización refleje de manera incipiente los procesos que se están desarrollando en México: feminización de la agricultura, mayor presencia de trabajadores indígenas y escasez de mano de obra en algunas regiones.

La mecanización de la agricultura no resuelve el problema de la emigración de trabajadores a Estados Unidos. Pero la agricultura sí puede ser un medio en que se experimente una política de trabajadores huéspedes. Y si en el medio agrícola sólo trabajan mexicanos, es obvio que este tema debe tratarse de manera bilateral. Es un mercado de trabajo acotado, de tipo temporal y con requerimientos específicos de mano de obra que permiten definir con precisión los tiempos y movimientos y el perfil de los trabajadores. Normalmente se supone que un país dependiente está en situación de desventaja, aspecto que podría ser utilizado a favor de los migrantes.

Si durante el Programa Bracero se movilizaron hasta medio millón de personas en un año, hoy podría hacerse otro tanto. Por otra parte, si se encara esta situación directamente, se resolverá uno de los problemas más acuciantes de estos momentos en cuanto a condiciones laborales, salarios, salud, vivienda y cruce fronterizo.

Finalmente, hay que señalar que la mexicanización del trabajo agrícola en Estados Unidos no significa una amenaza y menos aún la mexicanización de la sociedad estadounidense. Los trabajadores agrícolas son los menos visibles de todos los migrantes. Para verlos hay que salir a los campos y pasear los fines de semana en los pueblos enclavados en áreas agrícolas. Es propiamente la mexicanización de un nicho laboral; proceso que ocurre en otras áreas como la hotelería y el servicio doméstico, donde los migrantes son mucho más visibles y establecen un contacto diario y visual con la sociedad estadounidense.

